

Los colorcitos de mi sorpresa

Ligia Gineth Pachón Ramírez

Estudiante del Programa de Comunicación Social

Universidad Mariana

Vecino, soy solo un niño que se ha enterado acerca de su cultura en carnavales y, así mismito, impregnado de mi territa y raíces ancestrales, le explicaré mejor acerca de esta hermosísima tradición. Verá, esperarase, le explicaré más bonito. Nuestros artesanos nacieron con manos divinas, manos para crear y expresar, su inspiración proviene de nuestras zonas verdes de majestuosos paisajes, de la cultura de nuestros bellos indígenas, de familias añejas, del campesino con su cultivo y del potente héroe nuestro volcán Galeras.

Para esta temporada de enero, pues como curioso guagua que soy, me he parado en las primeras filas para observar las carrozas perfectas y coloridas, que durante meses fueron planeadas, mientras una hermosa señorita, a la que llaman reina, me regala un dulce y sonrío la muy donosa. Yo me quedo como bámbaro observándola, así como un poeta mira a su amor platónico, a lo bruto. Achiladito y bámbaro me doy cuenta de que tengo carioca en mi rostro, porque otros vecinos estaban jugando, sonreí y empecé a jugar también. Entre sonrisas inocentes, bailes y ambiente de felicidad, recordé una historia real que me contó mi abuelito, en las quinientas, el sabor de los negritos y sus tambores se paseaban por las calles de Pasto, debido a que era el único día en que se liberaban de ser esclavos para ser humanos redimidos y alegres.

Aguaguado volví a la realidad, mirando a nuestra gente ser libre y sonreír viviendo esta fecha especial, llena de arte y creatividad, como aquellos negros en tiempos lejanos, que sentían por lo menos un momento que su vida les pertenecía, pues vecino, eran ellos mismos sin la manipulación de nadie, con su sabor y energía. ¡Que viva Pasto, carajo! Clamaban a una sola voz en el carnaval, mientras me despojaba de aquel recuerdo; mi gente se ve tan radiante y los fotógrafos nostálgicos toman las afotos para mostrar de Pasto los ideales y las apreciaciones de nuestros indígenas, los colores vivos de nuestro cueche fantástico y lo épico de nuestra cultura.

A mi corta edad, puedo imaginar mi ciudad como si se tratara del corazón artesano de Colombia, tanta imaginación plasmada, tanta energía, tanta historia, tantos diseños originales y estrambóticos hechos con tan solo manualidades de papel, tanta diversidad y fantasía es simplemente un mundo de ensueño, donde el alma de este simple niño y otros guaguas se cultiva de fragmentos felices y de tradiciones importantes. Después de estar echando tanta quimba entre las zonas del desfile, empecé a reconocer otra de las cosas importantes de esta ciudad sorpresa: la música. Además de tener artesanos, tenemos tremendos músicos que tocan flautas, tambores, timbas, zampoñas, entre otros instrumentos y sonidos que construyen un ambiente de atracción, de esos que nos hacen mover como berracos y bonitos cimbradores, de esos que nos hace chumarnos y mover los rabos; vecino, venga y déjese contagiar de alegría, que aquí entre nos, ojalá mi amá no se enteré de que dije chumarnos, sino será peor.

Mientras me compro un cholado porque ¡achichucas!, le contaré, vecino, que nos gusta echar la pintica y un poco de talco, hace parte también de nuestra tradición carnavalera y al que no le gusta siempre le decimos con cortesía: “Pa que sale”, también sería un gusto decirle que una de nuestras creaciones propias son los Panchitos, pastuso que se respete en carnavales come Panchitos, si come Cheetos, o Frito Lay ya sabemos que es extranjero el bámbaro y se la montaremos, así que sígame estos consejos e imprégnese de nuestra sangre bella, no se haga dar un caibazo y disfrute.

Durante años, nuestro carnaval ha sido tan importante que se ha convertido en patrimonio cultural, al mostrar, a través de coloridas representaciones, historias más relevantes, mitos, cultura ancestral, comida típica, ebanistas, personajes icónicos, familias reconocidas, nuestras expresiones y lenguaje al estilo quillacinga, entre otros acontecimientos. También le hablaré un poco sobre lo que significa la Familia Castañeda para nosotros y por qué siempre encuentra multifacéticas esculturas de estilos estrambóticos, inmensos y representativos sobre ellos. Verá, este desfile se celebra desde 1928, debido a nuestras fiestas, los vecinos decidieron invitar a una familia que la bautizaron cómo Castañeda, o eso es lo que me han contado mis viejos, y desde ahí se convirtió en tradición para darle ambiente y entrada a todo ritual sagrado de nuestros ancestros, a todo ámbito cultural, como la artesanía, el cuy, la ebanistería, etc.

Espero, vecino, que, al narrarle un poco de nuestra gente y el carnaval, quede igual de chubiquio el ojo como yo, con todo lo que me han contado y he experimentado, pero sobre todo quiero recordarle que el cuy no es una rata y que ¡sí que tiene sabor! Vendrá a probarlo, vendrá a compartir con nosotros las fiestas, con su ruanita, con su sombrero y sus gafitas. No olvide las cariocas y las pinticas, aquí se vive y se viene a chumar, a chupar, a cimbrar, y a compartir momentos inolvidables (en serio espero que mi madre no lea esto), pero, aunque venga preparado, vecino, los colores de mi ciudad y la energía de mi pueblo vivo volverán a sorprenderlo. Así que no siendo más, se despide este niño campesino y ¡Que viva Pasto, carajo!